

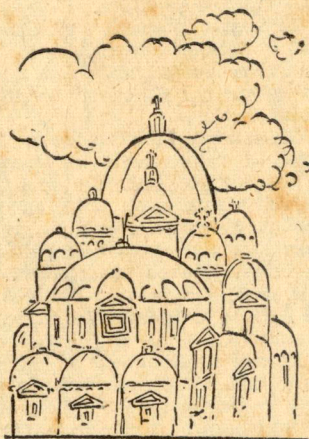
Basílica, Arquitectura y Tiempo

por Sebastián Salazar Bondy

Si sus antepasados familiares compraron un cuadro que a usted no le gusta, nada impide que usted, con el mayor de los respetos a su memoria, envuelva cuidadosamente el lienzo y lo guarde para siempre en un desván. Si sus abuelos o bisabuelos gozaron, por error o deformación pasajera, de un libro mediocre o de una música insulsa, usted puede poner ese libro en su biblioteca o esa partitura en un estante, y no abrirlos jamás. En fin, ni trajes, ni sombreros, ni fotografías, ni porcelanas, ni almohadones, etc., tienen, si usted no lo quiere, eternidad ¿Pero qué hace usted si sus ancestros le legan un edificio —casa, templo o palacio— de enormes dimensiones, que ocupa una inmensa área y cuyo volumen y textura se imponen con la tenacidad de los materiales más sólidos y durables? ¿Quién se atreve a echar abajo, porque es feo y funcionalmente inservible el horrible Palacio de Justicia, del Paseo de la República, por ejemplo? La arquitectura es un arte contumaz, vence por su carácter monumental al tiempo y por su simple costo se aferra contra el paso de los años. De ahí que hacer una obra arquitectónica, que es una responsabilidad, exija un especial cuidado.

Se vuelve a hablar de la Basílica de Santa Rosa, obra en homenaje a la limeña más ilustre, a la mujer más espiritual que el Perú ha dado al mundo, a la santa cuya devoción pervive en el corazón de los que nacieron en esta tierra. Y una vez más es preciso decir que no conviene de ninguna manera levantar una construcción perdurable si en su trazo plástico y en su estructura interna no es la expresión de una sensibilidad de valor permanente y la realización de

un estudio técnico serio y justo. Porque la "torta" del negativamente célebre Mujica Millán hubiera sido un testimonio desastroso del escaso gusto de un grupo que, a la postre, al futuro, habría parecido el trasunto del gusto de toda una época. Cosa que, como es natural, es falsa de total falsedad. La reacción de la mayo-



ría de las entidades relacionadas directa o indirectamente con el problema de la Basílica evitó que se cometiera el casi irreparable error de instalar, en el centro de la ciudad y como tributo colectivo a una de las personalidades más representativas de su fervor religioso, una descomunal, pedantesca y suntuosa manifestación de vanidad arquitectónica. Pero la Basílica, según se ha declarado reiteradamente, se hará, aunque no el proyecto del desenfrenado Mujica Millán ¿Qué plan se adoptará entonces?

En lo que respecta al arte religioso, Roma ha elaborado recomendaciones bien concretas sobre el carácter austero de las iglesias, sobre la forma sencilla y pura que deben tener imágenes y ornamentos, sobre la necesidad de rechazar, por

mundano y postizo, todo aquello que es exterior, fastuoso, vacuo, halagüeño, azucarado o manido. La arquitectura de nuestro tiempo —desde Le Corbusier hasta Wright, desde Gropius hasta Neutra— ha buscado, de otra parte, un estilo propio, afin con los principios estéticos y prácticos del siglo y adecuada a los nuevos materiales de construcción. Nuestros arquitectos, en fin, no son ajenos a esta renovación del arte y la técnica de su profesión, y están capacitados para llevar a cabo una obra que posea la calidad y la dignidad que aquel templo requiere. Es indispensable, pues, convocar un concurso público y abierto, rodeado de todas las garantías necesarias para que a él acudan los más capaces, y cuyo galardón sea otorgado por un jurado competente y honorable. Cualquier solución intermedia tendrá los visos de un enjuague criollo, en el que habrán prevalecido los tradicionales acomodos, los caprichos individuales o los intereses menudos de quienes llevando más allá de los límites su devoción por la santa y su Basílica, se transforman en omnipotentes autoridades.

No les leguemos a nuestros descendientes nada que los avergüence estéticamente. No les dejemos un elefante blanco sin belleza ni utilidad. No les imponemos caprichos egoístas y predilecciones exclusivas, pues al alzar un edificio suscribimos un monumento que por su duración y dimensiones no será posible borrar, cubrir, disimular o negar en un largo, muy largo plazo. Para obtener una creación que represente el ánimo que lleva al país a celebrar a Santa Rosa, hagamos algo que, por lo menos, diga a la posteridad que no fuimos ni vanos ni insolentes, sino sencillamente humanos.